

El mensaje de las colecciones del Museo de Guadalupe

María del Consuelo Maquívar*

En el Museo de Guadalupe se puede vivir la doble experiencia de conocer y adentrarse en la historia del edificio y de sus habitantes, la cual se remonta al siglo XVII y que no sólo se concentra en el interior de sus vetustos muros, sino que va más allá de la frontera actual de nuestro México, ya que los franciscanos de Propaganda Fide que fundaron el Colegio de Guadalupe de Zacatecas tuvieron como ideal de su ministerio religioso la evangelización del septentrión de la Nueva España.

Prueba de lo anterior es que, en 2010, este museo fue declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO, como integrante del Camino Real de Tierra Adentro, pues justamente se localiza en la ruta que seguían los caminos de la plata hacia el norte del territorio.

Hace ya más de 10 años que el equipo de trabajo del museo se ha preocupado para que el mensaje que se pretende dar a través de sus diversos espacios, y muy en especial a partir de sus colecciones, sea coherente con el interés del público, en el entendido de que el visitante quiere conocer la historia del edificio y de quienes lo habitaron, así como de las obras que custodia. Tal es el caso de la extraordinaria pinacoteca, integrada por temas religiosos y, en particular, por testimonios de los frailes que habitaron el lugar y que recuerdan momentos destacados de sus vidas misioneras.

El Museo de Guadalupe ofrece al visitante la maravillosa experiencia, por medio de sus exposiciones permanentes y temporales, de conocer y admirar la labor artística, en especial pictórica, de los más connotados pintores novohispanos que estuvieron activos desde el siglo XVII hasta el XX en buena parte de nuestro territorio. Por eso, a través del guión científico que se ha formulado, se pretende que el visitante, al hacer su recorrido por los diversos espacios, aprecie ambos mensajes: lo que el magnífico edificio franciscano nos dice en cada recinto y, a la vez, el valor del trabajo de los artistas exhibido en las salas.

Por otro lado hay que señalar que se ha tenido buen cuidado en que el cedulaario que habla tanto de los espacios como de las obras resulte atractivo y claro; así, en particular en muchas de las pinturas se explica el significado de la obra, al señalar los diversos símbolos y su significado.

LOS ESPACIOS MISIONEROS

El edificio franciscano sufrió alteraciones en su arquitectura a causa de los múltiples usos que tuvo a lo largo del siglo que tiene de vida. Sin embargo, luego de estudiar en documentos y crónicas los testimonios que perduran hasta nuestros días se ha tratado de que el público aprecie en su recorrido los espacios por los que en otros tiempos los frailes franciscanos vivieron y estudiaron la manera de llevar a cabo su labor evangelizadora.

Tal es el caso de las celdas para su descanso diario, así como otros recintos de mayor tamaño que pueden haber sido las aulas de aprendizaje. Prueba de que allí los misioneros se preparaban para cumplir con sus tareas es la famosa biblioteca que hoy se muestra al público y que fue iniciada por el fundador del Colegio de Guadalupe, fray Antonio Margil de Jesús; en ésta se conservan obras en griego, latín y castellano, principalmente, con temas diversos acerca de teología, derecho civil y eclesiástico, hagiografía, mística, literatura y devocionarios, entre otros. Asimismo se pueden ver las salas que aún conservan sus títulos, como el Salón de la Teología y el Salón de la Filosofía.

Todas las personas que caminan por los corredores donde deambulaban a diario los frailes viven la experiencia de imaginar las reflexiones que debieron hacer los habitantes del colegio al contemplar las pinturas que cubren sus muros: en el claustro bajo, que por cierto fue el primero en edificarse, se ubica la serie de la *Vida de san Francisco de Asís*, el fundador de la orden, que de seguro los invitaba a recapacitar sobre los diversos episodios de la vida del santo, quien en su momento cambió en forma radical el concepto medieval que se tenía acerca de la vida religiosa, la cual consistía especialmente en la oración constante en el interior de los muros de los monasterios; en cambio, el santo de Asís salió a predicar el Evangelio en su comunidad y enseñó a sus seguidores cómo debían vivir de manera sencilla y austera para dar ejemplo a la población.

Por otro lado, al recorrer el claustro alto, el cual debió de construirse a mediados del siglo XVIII, es seguro que los habitantes del colegio meditaban sobre los diversos momentos de la *Pasión de Jesucristo*, ya que los 29 lienzos pintados

por Ignacio Berbén evocan el vía crucis, de modo que es fácil imaginar a los franciscanos de Guadalupe deteniéndose en cada uno para meditar respecto a los padecimientos de Cristo y su sacrificio por la salvación de los hombres.

Ahora bien, es un hecho que el espacio extraordinario que debieron admirar los frailes –así como nosotros lo hacemos en cada ocasión que circulamos por allí– es la llamada Escalera Regia o Magna, revestida con monumentales pinturas ejecutadas por algunos de los más connotados artistas novohispanos, como Miguel Cabrera, José de Ibarra y Nicolás Rodríguez Juárez. En especial la obra que preside el lugar refiere la historia de sus habitantes, ya que en el centro de la composición se observa a san Francisco de Asís, quien, como atlante celestial, eleva los brazos para sostener a la Virgen de Guadalupe sobre los hombros, mientras que unos ángeles extienden el manto del santo para proteger a los habitantes del convento, entre los cuales destaca el retrato del fundador, Antonio Margil de Jesús.

Otro de los lugares que nos habla acerca de los fundadores del convento es la portería, la cual debió de edificarse alrededor del último tercio del siglo XVIII; allí los frailes colocaron una pintura presidida por otra de las devociones marianas de la orden, la Virgen del Refugio, en torno a la cual se observan asimismo los retratos de los frailes que catequizaron esta región del norte novohispano, como fray José Guerra, Antonio Margil de Jesús y Pedro de la Concepción Urtiaga.

Sin duda alguna uno de los sitios más atractivos del museo es el coro, desde el cual el público observa el templo de Guadalupe, que aún da servicio a la población. Este espacio también fue restaurado en fechas recientes; por lo tanto, quienes lo visitan hoy en día pueden contemplarlo en todo su esplendor. Destaca la magnífica sillería tallada en madera con esculturas policromadas y estofadas de diversos santos, entre quienes se distingue la imagen sedente de tamaño natural



Exposición *Una mirada al barroco* Fotografía © Dolores Dahlhaus



Miguel Cabrera, pintura del patrocinio de la Virgen de Guadalupe a los misioneros de Propaganda Fide **Fotografía** © Dolores Dahlhaus



Claustro de San Francisco, ca. 1921-1926 **Fotografía** © Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH-INAH-Secretaría de Cultura, z-25



Los corregidores en la Escalera Regia, ca. 1921-1926 **Fotografía** © Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH-INAH-Secretaría de Cultura, sn_folio 139

de san Francisco de Asís. De igual manera se observan las pinturas que cubren los muros, en una de las cuales se observa a Cristo como Buen Pastor, a cuyos lados se ubican dos frailes, quienes evitan que dos almas caigan en las fauces del dragón; se trata de una pintura alegórica que simboliza la labor evangelizadora de los misioneros, quienes inculcaban la doctrina cristiana a los indígenas de las tierras nortenas. Hay que decir que los frailes que hoy en día habitan en el seminario contiguo al museo hacen uso a diario del coro a determinadas horas del día, tal como en el siglo XVIII lo hicieron sus antepasados.

Otros espacios que se conservan en el edificio y que nos hablan acerca de los usos que tuvieron en la época que habitaron los misioneros es la Capilla de la Enfermería, que se destaca por su amplia cúpula; la Celda de los Fuelles, que, como su nombre lo indica, se encuentra inmediata al coro, donde se depositaban los fueles del órgano, así como los voluminosos libros de coro, colocados en el facistol para que los frailes, sentados en la sillería, pudieran orar en los diversos momentos del día que eran convocados con una campana.

Desde el coro se aprecia muy bien el templo dedicado –como es obvio– a la Virgen de Guadalupe, construido en el siglo XVII y que posee una de las fachadas barrocas más bellas e interesantes de la región; años después, en el siglo XIX, como sucedió en muchos sitios de México, el interior fue

transformado y en la actualidad luce altares de estilo neoclásico. También, a través de una interesante celosía de madera, se observa la capilla de Nápoles: un bello recinto construido en el siglo XIX que se distingue por su arquitectura y ornamentación neoclásica, y cuyo nombre se debe a que la imagen titular de la Virgen María, en su advocación de Purísima Concepción, la cual se localiza en el altar principal, fue donada a los franciscanos por Isabel de Farnesio, princesa de Nápoles y esposa del monarca Felipe V de España.

LA PINACOTECA

La riqueza de la colección de pinturas del museo se basa tanto en la temática de las obras como en sus autores. Puede decirse que allí se reúne el trabajo de muchos de los mejores pinceles que actuaron en la Nueva España a lo largo de los tres siglos del virreinato, desde los últimos tiempos del estilo renacentista, los principales exponentes del barroco de los siglos XVII y XVIII, hasta el periodo neoclásico y romántico, representado por su principal exponente, el zacatecano Manuel Pastrana.

Al inicio del proyecto museográfico del recinto se proyectó una sala piloto que se denominó Una Mirada al Barroco, para la cual se seleccionaron algunas obras de los siglos XVII y XVIII; además se diseñaron las nuevas cédulas iconográficas que han caracterizado las exhibiciones permanentes y temporales.



Detalle de la sillería del coro del ex convento de Guadalupe, ca. 1921-1926 Fotografía © Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH-INAH-Secretaría de Cultura, sn_folio 64

Respecto a la historia de los habitantes del convento, en el nuevo gui3n museogr3fico se decidi3 darles un lugar especial para que el p3blico los identifique, de modo que en estos lienzos, en su mayor3a an3nimos porque los autores no los autentificaron con sus firmas, se observa a algunos de los franciscanos que entregaron sus vidas al martirio por la causa misional entre los ind3genas n3madas del norte de la Nueva Espa3a; otros fueron retratados con elementos que hablan de su vida como religiosos.

Especial resulta el lienzo que destaca el martirio de san Felipe de Jes3s, pues, aunque no vivi3 en el convento, s3 perteneci3 a la orden y muri3 en una cruz, lanceado, en el siglo xvi,

junto con otros m3rtires jesuitas, en las colinas japonesas de Nagasaki.

En cuanto a las series pict3ricas exhibidas, destacan las siguientes: *Vida de la Virgen Mar3a*, pintada por Antonio de Torres (1667-1721), en la cual se aprecia c3mo el artista se inspir3 en el tratado *M3stica Ciudad de Dios*, de la monja concepcionista Mar3a de Jes3s de 3greda, ya que recrea con precisi3n los diversos momentos que esta religiosa visionaria del siglo xvii narr3 sobre la vida de la madre de Jes3s. Tambi3n de este artista es un gran lienzo que refiere la historia del banquete en el que Salom3 ofrece la cabeza de san Juan Bautista al rey Herodes, donde el artista deja ver su destreza en



Claustro de la Pas3n de Jesucristo, ca. 1921-1926 **Fotograf3a** © Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH-INAH-Secretar3a de Cultura, z-23

el manejo de la composición, incluyendo a varios personajes, a la vez que llama la atención el primor con que trabajó la figura de Salomé, ataviada con una rica vestimenta.

Otro de los pintores inspirados en este tratado fue Cristóbal de Villalpando (1649-1714), de quien el museo conserva cuatro bellos lienzos muy interesantes por sus mensajes iconográficos y que debieron formar parte del retablo barroco original de la iglesia de Guadalupe, transformada posteriormente al estilo neoclásico. En estos lienzos Villalpando retrató a la madre De Ágreda, quien por cierto asimismo aparece en la fachada de esta iglesia zacatecana, lo cual evidencia la influencia que tuvieron los textos de esta monja entre los frailes de Propaganda Fide.

De Miguel Cabrera (1695-1768), el prolífico pintor oaxaqueño del que ya se habló al describir la Escalera Regia del museo, se tiene una serie de 14 lienzos sobre la *Vida de la Virgen María*, donde el artista se muestra como el pintor que gustó de los rostros dulces, el colorido suave y los trazos bellos.

De Gabriel José de Ovalle, quien debió de nacer en las últimas décadas del siglo xvii y del cual se conocen varias obras de la primera mitad del siglo xviii porque gustaba de firmarlas, el museo tiene una de las series sobre la Pasión de Jesucristo más interesantes e inquietantes. Considero que este pintor aún no ha sido valorado como el gran creador de tipos que reflejan las emociones humanas, una característica que identifica esta serie de pinturas que por fortuna se conserva en el recinto. El artista dejó ver en ellas su interpretación personal de los hechos; así, por ejemplo, utilizó tonos rojizos para indicar la maldad en los personajes, a la vez que los rostros de éstos siempre tienen expresiones de crueldad, lo cual se observa a lo largo de la serie en los esbirros que torturaron y crucificaron a Cristo. De igual modo Ovalle pintó otro tipo de asuntos: en la colección que custodia el museo es posible admirar la pintura de grandes dimensiones de la Purísima Concepción, donde destaca el colorido de la composición y la dulzura de la madre de Jesús.

Desde luego, en la pinacoteca hay obras de otros artistas reconocidos en la Nueva España, tales como Luis Juárez, Nicolás Rodríguez Juárez, Juan Correa, José de Páez, Patricio Morlete y José de Ibarra. Algunas pinturas se han agrupado por sus temas. Así, se exhiben las *Advocaciones marianas* y las *Devociones novohispanas*. Mención especial merece la sala dedicada al primer director del Museo de Guadalupe, el pintor “Manuel Pastrana y el Romanticismo Mexicano”. La obra de Pastrana (1860-1938) se aprecia a través de su legado pictórico, sus inicios como alumno en la Academia de San Carlos de la Ciudad de México, su labor como retratista de la sociedad zacatecana, así como su habilidad para manejar diversas técnicas como el óleo, la acuarela y el dibujo al carboncillo.

El museo recuperó un espacio magnífico tanto por su belleza arquitectónica como por sus dimensiones, el cual se



Coro del templo de Guadalupe, ca. 1921-1926 **Fotografía** © Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH-INAH-Secretaría de Cultura, sn_folio 66

piensa pudo ser el refectorio; después de que se restauró y acondicionó, este lugar se ha utilizado para varios proyectos de exposiciones temporales que luego han salido a otros museos del país, como el caso de *Los escultores novohispanos*, *El pecado y las tentaciones en la Nueva España*, *Molinos novohispanos* y la más reciente: *Revelaciones*.

Por último, cabe mencionar otro espacio que se restauró y llama la atención del público por lo atractivo de su temática: El Camino Real de Tierra Adentro, donde se exhibe la colección de vehículos que abarca desde el siglo xviii hasta el xx. Estos medios de transporte ilustran de qué manera la explotación de las minas zacatecanas de plata motivó que los españoles trazaran la ruta hacia el norte de la Nueva España tanto para expandir el territorio de la corona como para trasladar el rico mineral de los diversos yacimientos que se localizaban en las tierras norteañas novohispanas. ✚

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.